
Mediterráneo: cambios sociales, convulsiones geopolíticas y futuro incierto

Haizam Amirah Fernández

El Mediterráneo está en rápida transformación. Con frecuencia, lo que ocurre en una orilla tiene consecuencias, a veces inesperadas, al otro lado del *Mare Nostrum*. A Europa le afectan los acontecimientos que tienen lugar en Oriente Medio y el Magreb mucho más de lo que se suele creer. Sin embargo, existen motivos para cuestionarse si, tanto las opiniones públicas europeas como sus decisores políticos, están entendiendo la magnitud de los cambios sociales y geopolíticos que se están produciendo en su vecindario meridional. Asimismo, hay que preguntarse si la Unión Europea (UE) junto con sus Estados miembros están adoptando políticas que contribuyan a aliviar los conflictos y tensiones en el sur y el este del Mediterráneo, así como las políticas necesarias para anticiparse a las consecuencias no deseadas de un posible aumento de la inestabilidad allí.

Una década trepidante

La historia del Mediterráneo durante la actual década muestra una región convulsa y atravesada por múltiples fracturas. Las orillas sur y este llevan ocho años sumidas en un estado de agitación social y geopolítica. Desde el inicio de las revueltas antiautoritarias de 2011, se está produciendo una aceleración de la historia en Oriente Medio y el Magreb, con una acumulación de acontecimientos que tienen una gran trascendencia y con recurrentes cambios en los estados de ánimo, tanto dentro de la propia región como entre quienes la observan desde fuera. Desde inicios de 2011, el mundo ha sido testigo de la aparición de fenómenos alarmantes generados en la región árabe. Estos incluyen guerras civiles, enfrentamientos bélicos regionales, guerras por delegación, carreras armamentísticas, crisis migratorias, oleadas de refugiados, uso de armas de destrucción masiva, aumento del sectarismo y del extremismo religioso, aparición de proyectos totalitarios como el autoproclamado Estado Islámico, reforzamiento del autoritarismo represivo y el deterioro de las relaciones entre los Estados y las sociedades.

Las revueltas antiautoritarias vividas en varios de los veintidós países árabes en lo que llevamos de década han generado muchas incertidumbres dentro y fuera de la región. Eso ha provocado una percepción de amenaza vital y miedo a lo desconocido entre las elites gobernantes locales, pero también entre potencias extranjeras. En el momento actual, esos temores parecen haberse aplacado, en parte, mediante el recurso a las viejas prácticas represivas, incluso más acentuadas que antaño en países donde hubo revueltas, o a la instrumentalización de las divisiones sociales y las fracturas políticas, siguiendo la máxima de «divide y vencerás». También ha influido en ello la intervención de grandes potencias en apoyo de dirigentes autoritarios denostados por sus poblacio-

nes. El antiguo paradigma de la «estabilidad autoritaria» ha vuelto con fuerza en forma de ola contrarrevolucionaria, poniendo fin a la esperanza de muchos ciudadanos árabes de construir sistemas políticos más justos, capaces de crear más oportunidades para las poblaciones y que garanticen mayores niveles de justicia social y de respeto a los derechos y libertades. Al menos, por ahora.

Legitimidad cuestionada y ruptura del contrato social

La confluencia de las tendencias negativas antes citadas es el resultado de los fracasos acumulados de los Estados árabes durante décadas, así como de la falta de solución de los conflictos existentes, de los escasos niveles de integración regional y de las interferencias que ejercen, en mayor o menor medida, las potencias regionales e internacionales. Lo ocurrido en la región árabe en lo que va de década no ha surgido de la nada. Varias señales de advertencia anticiparon las posibles consecuencias de los fracasos de los regímenes árabes durante la última mitad de siglo en ámbitos como el desarrollo económico, la aplicación de políticas efectivas basadas en el buen gobierno, la construcción de identidades nacionales a partir de un principio compartido de ciudadanía y la satisfacción de las necesidades de sus poblaciones. A pesar de ello, desde la primera ronda de movilizaciones regionales ocurridas en 2011, ha habido un empeoramiento de las condiciones de vida de amplios sectores sociales, al tiempo que los regímenes han desatendido las reformas políticas y económicas necesarias para dar respuesta a las múltiples demandas sociales.

Varios informes, como los del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) dedicados al desarrollo humano árabe, llevan advirtiendo desde principios de este siglo sobre los peligros del elevado crecimiento demográfico, combinado con

los fracasos gubernamentales, la concentración de poder, la corrupción extendida y las políticas económicas incapaces de poner soluciones a problemas ampliamente diagnosticados. Frente a la escasez de oportunidades y a las penurias socioeconómicas, varios regímenes han optado por presentarse como mal menor, buscar enemigos externos para desviar la atención, repetir promesas vacías y embarcarse en costosas carreras armamentísticas y políticas represivas. El temor al caos y a caer en conflictos sangrientos como el de Siria, Libia o Yemen ha sido agitado por los demás regímenes árabes para disuadir a sus poblaciones de pedir cambios políticos de forma colectiva. Sin embargo, el hecho de que, desde principios de 2019, las poblaciones de Argelia y Sudán hayan salido a manifestarse masivamente y con civismo contra sus sistemas percibidos como corruptos demuestra que los sentimientos de cambio y de rechazo a la humillación son más poderosos que el miedo al que recurrieron esos regímenes.

Uno de los principales retos a los que se enfrentan los países de Oriente Medio y el Magreb es la llamada «revolución juvenil árabe», que se suma a unos niveles elevados de desempleo (cerca del 30 por ciento, la más elevada de cualquier región del mundo) y de subempleo en esa categoría de edad. Con frecuencia se habla de la «burbuja juvenil» (*youth bulge*) para indicar que cerca del 65 por ciento de las poblaciones árabes tienen menos de 30 años (es decir, cerca de 250 millones nacieron después de 1990). De esos jóvenes, la mitad tienen hoy menos de 14 años. Junto al rápido crecimiento de población, se ha producido un importante aumento de la esperanza de vida en las sociedades árabes en cuestión de dos o tres generaciones. Esto está provocando unas pirámides de población con una gran base entre las cohortes de edad más jóvenes, con todo lo que ello implica a nivel de necesidades sociales y presiones económicas a las que deberían dar respuesta los gobiernos.

La existencia de una proporción tan alta de jóvenes no implica necesariamente que vaya a desembocar en conflicto social, aunque sí eleva considerablemente la probabilidad de que eso ocurra, sobre todo cuando las políticas públicas son incapaces de convertir ese potencial humano en desarrollo socioeconómico (el llamado «dividendo demográfico»). A pesar de que la actual generación de jóvenes es la más grande, la más educada, la más conectada al mundo exterior y la más urbanizada en la historia de la región árabe, las perspectivas de futuro de esos jóvenes son poco halagüeñas debido a la exclusión, la pobreza, la falta de oportunidades económicas y la prevalencia de la corrupción. Estos factores se agravan en aquellos países árabes que están experimentando conflictos armados. En ausencia de buen gobierno y de políticas eficientes, la «burbuja juvenil» se puede tornar en una «bomba de relojería».

Un aspecto central para la estabilidad del sur del Mediterráneo es el colapso gradual del viejo «contrato social» en los países árabes. Durante décadas, esos supuestos contratos sociales no negociados venían impuestos desde arriba. Los gobernantes se aseguraban su permanencia en el poder a cambio de dispensar gasto público en forma de empleos públicos, subsidios, seguridad y unos servicios sanitarios y educativos básicos, al tiempo que mantenían una elevada capacidad de represión para acallar las voces críticas. Eso no habría sido posible sin la existencia del rentismo, por el cual los Estados obtienen una parte importante de sus ingresos mediante la venta de sus recursos naturales o la generación de rentas estratégicas en forma de ayuda exterior, en lugar de la extracción de impuestos de la ciudadanía. Sin embargo, la caída de los ingresos de los hidrocarburos, el aumento de los gastos estatales y las crecientes presiones demográficas están poniendo en jaque a unos sistemas ineficientes y cada vez más corruptos, haciendo que los gobernantes árabes estén incumpliendo su parte del

«contrato», pero sin mostrar disposición a compartir el poder ni a conceder mayores derechos políticos a la ciudadanía. Una situación así no parece sostenible durante mucho tiempo.

El futuro de Europa, inseparable del Mediterráneo

Las tensiones y los conflictos no son algo nuevo en el vecindario sur de Europa. Hablar del Mediterráneo es, con demasiada frecuencia, referirse a situaciones de inestabilidad, crisis, desigualdades, conflictos y amenazas, tanto reales como percibidas. Sin embargo, la extensión y las consecuencias de las convulsiones más recientes van más allá de Oriente Medio y el Magreb. Algunos acontecimientos que han tenido lugar en esa parte del mundo durante los últimos años, como las guerras que han generado oleadas de refugiados y el salvajismo mostrado por grupos yihadistas, han tenido un impacto directo en las sociedades europeas. El auge de movimientos de extrema derecha y del nacional-populismo en Europa se ha visto acentuado por los acontecimientos vividos en el sur y este del Mediterráneo en tiempos recientes. La evolución de esos movimientos no habría sido igual sin la descomposición violenta de países como Siria, Libia e Irak. Es innegable el impacto psicológico entre las poblaciones europeas de acontecimientos como la eclosión del autoproclamado Estado Islámico y la proclamación del califato en 2014, y la crisis migratoria acentuada a partir de 2015 con la llegada de centenares de miles de refugiados, principalmente sirios, huyendo de la guerra.

Los cambios abruptos que se producen en los países árabes no quedan encapsulados dentro de sus fronteras. Nadie puede dudar ya de que sus consecuencias tienen la capacidad de extenderse en poco tiempo a otras zonas del planeta, empezando por las más próximas al otro lado del Mediterráneo. De hecho, las múltiples

crisis en países árabes de Oriente Medio y el Magreb pueden ser una amenaza para el proyecto de construcción de la UE, alimentando a movimientos y líderes eurófobos, minando la solidaridad intraeuropea y cuestionando principios básicos como la libre circulación de personas a través de las fronteras nacionales. Ante semejantes amenazas, cabe preguntarse si, desde Europa, se está haciendo un diagnóstico acertado de los retos a los que se enfrentan sus vecinos del Sur, así como de los cambios acelerados que están viviendo sus sociedades.

¿Qué puede hacer Europa? Una nota de optimismo

Europa debería extraer una lección de lo ocurrido durante la actual década en el sur del Mediterráneo: ni la apariencia de estabilidad en algunos países, ni el apoyo continuado que reciban desde el exterior, ni unos relativamente buenos resultados macroeconómicos son garantías suficientes para la supervivencia de los regímenes autoritarios árabes, mientras exista malestar social y se retrasen las reformas que garanticen el buen gobierno. La estabilidad impuesta a la fuerza mediante métodos represivos y elecciones manipuladas puede dar resultados temporales, pero cuando se rompe ese modelo, la inestabilidad que se desencadena después es mucho más difícil de gestionar. El autoritarismo es una condición *sine qua non* para generar malestar y desesperanza, y es un freno para el desarrollo de una cultura cívica y respetuosa con la diversidad de opiniones que, además, esté abierta al mundo exterior. En ausencia de mayores niveles de libertad y desarrollo, las sociedades árabes se verán sumidas en una mayor frustración y caos, dentro de sus fronteras y en sus alrededores.

Sería un error creer que el llamado «despertar árabe» llegó a su fin con la imposición del paradigma de la «estabilidad autoritaria»,

que era la norma antes de 2011. Las causas del malestar que existían entonces no se han abordado con éxito. Todo lo contrario, muchas de ellas incluso se han acentuado. A menos que el conjunto de la región árabe logre pronto una nueva relación entre el Estado y la ciudadanía que esté basada en una gobernanza efectiva, parece inevitable que se produzcan más inestabilidad social y turbulencias políticas en todo Oriente Medio y el Magreb. A día de hoy, la relación entre el Estado y la sociedad está más deteriorada que nunca en varios países de la región.

Un hecho alentador, que podría infundir un optimismo más que necesario en el entorno mediterráneo, es la movilización social iniciada en Argelia el 22 de febrero de 2019. En un inicio, la población argelina se manifestó de forma multitudinaria para mostrar su rechazo a un quinto mandato del anciano y ausente presidente Abdelaziz Buteflika. Tras varias semanas de movilizaciones masivas y pacíficas, la población argelina consiguió deshacerse de la cabeza visible de un régimen al que tachan de corrupto. A lo largo de los siguientes meses, esa misma población ha seguido exigiendo cambios profundos en la naturaleza del sistema político, dominado por los militares, con el fin de fundar una segunda república que responda al modelo de Estado civil, con elecciones libres y transparentes, donde no esté presente la vieja guardia que representa el abuso de poder y la corrupción desbocada. El hecho de que millones de argelinos y argelinas se hayan manifestado durante meses de forma pacífica y mostrando altos niveles de civismo sugiere que en el sur del Mediterráneo hay sociedades que exhiben madurez política, se guían por un deseo de emancipación y han pasado por un proceso de aprendizaje, tanto de los traumas de su pasado reciente como de los errores cometidos por otras sociedades de su entorno.

La UE tiene la oportunidad de reivindicarse como actor global, empezando por tratar de influir de forma más positiva y eficaz que

hasta ahora para apoyar las aspiraciones de sus vecinos del Sur de vivir con dignidad en sus países de origen. Eso pasa por ganarse la confianza de esas poblaciones y recuperar la credibilidad perdida durante décadas de *realpolitik*, donde los dichos y los hechos no siempre han coincidido. No se trata de actuar movidos por un impulso altruista, sino de hacer un análisis correcto del coste a la larga para Europa de no apoyar el desarrollo y el Estado de derecho de su vecindario inmediato. Se trataría de aprovechar las oportunidades de desarrollo y prosperidad compartida que tengan un impacto social positivo y contribuyan a reducir las desigualdades. El fortalecimiento institucional, la cooperación técnica y la ayuda al desarrollo que se basen en los valores que el proyecto europeo defiende deberían ser prioridades en las relaciones de la UE con sus vecinos del Sur. Para ello, hay que ampliar la interlocución para que no se limite a los gobiernos nacionales, sino que se extienda a fomentar la autonomía de actores sociales, asociaciones, ONG locales y representantes del gobierno local que conocen las necesidades cotidianas de sus comunidades.

La UE debería mostrarse firme para frenar las interferencias negativas de otros países en su entorno mediterráneo. Eso pasa necesariamente por desarrollar una visión europea común sobre el futuro de la región y actuar desde la lealtad a esa visión. Se tienen que apoyar procesos políticos para resolver los problemas también políticos que afectan a la región. También se deben hacer respetar compromisos como los embargos de armas allá donde se hayan decretado (en la actualidad, algunos países europeos no lo hacen en escenarios de conflicto como Libia). Un caso paradigmático para la UE debería ser la transición democrática en Túnez. En ese país se ha producido una revolución, entendida como un cambio profundo en el sistema político, con nuevas reglas del juego surgidas del diálogo y de la búsqueda de consensos, que ha tenido como resultado una constitución democrática, más libertad polí-

tica y una alternancia pacífica en el poder. La UE tiene que ser exigente con los dirigentes tunecinos para consolidar esa transición, pero también debe mostrarse más generosa y decidida en el apoyo a la opción democrática elegida por la población tunecina. Algunos no quieren que triunfe ese precedente en un país árabe. A Europa le interesa que sí lo haga.

La ausencia de buen gobierno, la concentración del poder político y económico en grupos reducidos, la corrupción, la brutalidad policial y la impunidad son incubadoras de inestabilidad, no su antídoto, como prometen algunas autocracias. Sabemos cómo ha empezado esta década en los países árabes, pero nadie puede anticipar cómo terminará. Lo que parece evidente es que, si los europeos no comprendemos la trascendencia de las verdaderas revoluciones que están teniendo lugar en nuestro vecindario sur, nos podemos llevar algunas sorpresas en un plazo de tiempo no muy largo. Si desde Europa no se presta atención a lo que le rodea y si no se diseñan políticas para apoyar cambios positivos al ritmo necesario, es probable que las sorpresas que puedan llegar no nos resulten gratas ni sean tranquilizadoras para la estabilidad y la prosperidad del entorno mediterráneo al que pertenecemos.

H. A. F.